

XXXV.

LA MUERTA Y LA VIVA.

Quién era aquella mujer que adelantaba hácia Octavio?

—Ella! exclamó el jóven con espanto.

Y creyó ver á la señora de Revilly. Se figuró que habia salido de su tumba para reprocharle su muerte.

No habreis olvidado la señora de Argicourt, esta hermosa borgoñona, entusiasta del amor, que habia bailado con el jóven el vals de las Rosas. Tampoco habreis olvidado que por un singular juego de la memoria Octavio se habia imaginado al verla, despues de la muerte de la señora de Revilly, que la señora de Argicourt, era la misma señora de Revilly.

Sus aventuras con esas dos mujeres habian sido tan rápidas y antes de amarlas las habia visto tan poco, que sus hechiceras imágenes se confundian en su memoria. En vano reconstruia sus dos rostros en su fantasía: luego que su memoria empezaba el dibujo del uno, el recuerdo del otro se imponia.

En aquella noche, no bien hubo distinguido con vaguedad el semblante de la señora de Argicourt,

cuando el jóven creyó que se hallaba en frente de la señora de Revilly.

Cualquier otro en su lugar se hubiese fuertemente impresionado: mas el jóven dominó su miedo, resuelto siempre á no creer en nada.

Reconoció muy pronto que aquella mujer no era un fantasma, puesto que la señora de Argicourt habló en voz alta.

Y como el jóven no temia los muertos, menos debia temer á los vivos.

Verdad es que en aquella noche no estaba armado; pero aunque se hallaba sin pistola y sin puñal, tres ó cuatro ladrones hubiesen mordido el polvo si se hubiesen atrevido á penetrar en el castillo.

Por fin encendió una bujía.

Dió dos pasos hácia la señora de Argicourt.

—Mi querido duque, le dijo esta con alegría, sois incontrable; os busco en todas partes y no hallo un alma viviente en el castillo.

—Sois vos, señora! dijo Octavio con cierta alegría repentina, cogiendo la mano de la baronesa: no os esperaba aquí á estas horas.

—Lo creo. Si os vengo á saludar á media noche es porque me he perdido en vuestros bosques. No sabeis, tal vez, que durante la temporada de caza yo soy vuestra vecina? He comido en casa de una hermana mia que vive á dos leguas de aquí: se me ha dicho que estabais en vuestro castillo. He querido sorprenderos de noche ya que no me es posible venir de día.

Yo me lisonjeaba de que llegaría aquí temprano, pues no quería hacer una estraña y pomposa entrada á las doce de la noche; pero la tempestad me ha hecho perder dos horas y media; me ha sido indispensable recogerme en una choza de leñadores. Qué tiempo y qué truenos!

—No me habéis de ello; ved si el diablo no entró por esta ventana.

—Decid, mi querido duque; que podeis hacer en esta biblioteca donde os he hallado á oscuras?

—Evocaba al diablo, ó, mejor dicho, me burlaba de él.

—Me asustais!

—No hay de qué. Me fastidiaba; tenía miedo de pasar la noche solo y rogué al diablo que me prestara su compañía. Pero sabéis por qué el diablo no ha venido?

—Por qué?

—Porque no creo en él.

—Y bien, yo os diré porque no ha venido el diablo, pagano endurecido; porque Dios se os ha querido mostraros.

Y luego con acento burlon:

—Hé aquí por qué he venido yo, prosiguió la señora de Argicourt.

—Sí, tenéis razon, dijo Octavio, pues si Dios se ha mostrado alguna vez sobre la tierra, ha sido hoy por medio de su mas hermosa criatura.

—Y bien, creéis en Dios ahora?

—Sí, puesto que creo en vos.

Octavio besó á la jóven en la frente.

Ella le rogó que le mostrase el teatro de sus evocaciones ó de su desafio al diablo.

Cogió una bujía y la llevó frente al espejo.

—Es estraño! dijo acercándose.

—Qué veis?

Octavio acababa de ver en el espejo la blanca figura de la señora de Revilly, como si signiera siendo el juguete de aquella estraña vision que le hacia confundir á una mujer con otra.

—Veo que el espejo está roto.

—Acaso no lo estaba?

—Nó; tengo buena memoria; esto me esplica porque me he visto en él doble, y porque os veo doble tambien.

—Como! me veis doble?

—Sí; no veis á vuestro lado la señora de Revilly?

—Me dais frio! estais loco?

—Sí; y yo quisiera reirme, dijo Octavio, el cual no reia.

—Pero, quien ha roto este espejo?

Parisis comprendió que la cuestion de las supersticiones estaba aun por resolverse.

—Habrá sido el viento despues de haber abierto la ventana.

—Esto no es seguro; mas, porque el viento ha abierto la ventana?

Habia demasiados *porque* para que Octavio y la

señora de Argicourt se entretuvieran en resolverlos.

—Adios! dijo de pronto la hermosa viagera.

—Os despedís á esta hora de la noche, y con este tiempo abominable?

—Sí, mis caballos aguardan.

—Señora, nunca se ha venido de noche á Parisis, sin ver lavantar el sol del día siguiente.

Por mas que el duque de Parisis y la señora de Argicourt fuesen muy virtuosos, dudo mucho que aquel día viesen levantar la aurora.

Pero no hagamos juicios temerarios. Octavio temia demasiado encontrar la señora de Reilly en la señora de Argicourt, para escuchar aquella noche los ecos del vals de las Rosas.

XXXVI.

EL RAMILLETE DE FRESAS Y EL RAMILLETE DE LÁBIOS.

Entretanto la señora de Fontaneilles estaba desesperada, por no casar aun á Genoveva con Octavio.

Habia comprendido el pudor de los sentimientos de la jóven, que la impedian realizar sueños de dicha sobre un pensamiento de luto.

Habian transcurrido algunos días, cuando una mañana fué á visitar á Genoveva á la Abadia del Bosque, para decirle que era necesario que partiese con ella á Champauvert.

—Nó, dijo Genoveva; no quiero volver allí. Que he de hacer en aquel punto?

—El señor de Parisis te aguarda.

—Razon de más, para no ir. Por Dios, mi querida Armanda, déjame con mis oraciones.

La marquesa comprendió que aun no habia llegado la hora y escribió á Octavio, lo siguiente:

«He alcanzado mal éxito en una mision que me era muy agradable, pues yo os amo á los dos; volved.

pues, á Paris; quizá tendreis una elocuencia de mas resultados que la mia.

»ARMANDA DE FONTANEILLES.»

Octavio regresó á Paris.

Quiso ver á Genoveva; pero esta se negó á encontrarse con él, en casa de la marquesa. Esto no impidió á Armanda el que dijera á la jóven, que era indispensable obedecer la última voluntad de la difunta.

—Te casarás con Octavio.

—Nunca! replicó Genoveva.

—Nunca! he aquí una frase inconveniente; por qué?

—Por qué? porque no amo á Octavio.

—No amas á Octavio! Es necesario, pues, que estés celosa para amarle? Cuando Violeta vivia le amabas; ahora que ha muerto no le amas?

—Nó. Y además yo no quiero edificar sobre una tumba.

—Pathos! no se edifica mas que sobre ruinas.

Y la marquesa que creia conocer las mujeres añadió con algun sarcasmo:

—Ya que tú prefieres vivir en la muerte del convento, antes que en el amor de Parisis, yo me lavo las manos.

La orgullosa Genoveva no cedió.

—Es decir, que no quieres volver á ver á Octavio? preguntó la marquesa.

—Nó.

Y Genoveva volvió á entrar estóicamente en el convento.

Pero al siguiente dia la señorita de la Chastaigne-raye volvió á casa de la marquesa de Fontaneilles por mas que tuviese la costumbre de no visitarla mas que dos veces por semana.

La marquesa no dijo una palabra sobre Octavio; Genoveva no habló de su primo.

—Quieres venir al Bosque? preguntó la marquesa á su amiga.

—Sí, respondió Genoveva.

—Me prometes, dijo la señora de Fontaneilles, que no mirarás el palacio de Octavio.

—Sí.

—Y si encontramos á Octavio en la orilla del lago, me prometes que no volverás la cabeza?

—Sí.

Genoveva no miró el palacio de su primo. En la orilla del lago no tuvo necesidad de volver la cabeza porque no encontró á Octavio.

Quizá por esta misma razon, quiso ir al Prado Catalan á tomar leche; pero era tarde y no habia casi nadie.

Cuando el coche se detuvo frente á la vaqueria, dijo á su amiga que no queria bajar del carruage.

Habia entrevisto á Octavio y á una estrangera, la mas hermosa y rúbiã de las italianas, los cuales estaban hablando debajo de un olmo.

Tomaban leche; es decir, me equivoco: ella bebia

leche, y el bebía su hermosura, pues la contemplaba con enamorados ojos.

A su vez, la marquesa vió al duque de Parisis y á la italiana.

—Y bien, mi buena amiga, dijo á Genoveva: ya ves que Violeta no se ha llevado los celos al sepulcro.

—No siento celos, dijo con frialdad Genoveva, recostándose en el fondo del carruaje. Pide leche: no bajaremos.

La marquesa hizo una seña á una suiza de la Opera Cómica, para que trajese dos tazas de leche.

Para beber es indispensable inclinarse; hé aquí porque la señorita de la Chastaigneraye vió otra vez á su primo.

Y como le vió ella!

Se habian traído fresas en la planta, la cual se habia cortado apropósito como se usa en los países mas salvajes y en los mas civilizados. Eran unas admirables fresas inglesas, preciosamente encarnadas y llenas aun de sangre de la tierra, casi vivas.

Parisis paseaba el fresero sobre los lábios de la dama: los lábios y las fresas parecían un mismo fruto.

La rúbia italiana mordía con sus hermosos dientes, cogiendo la mitad de cada fresa. Y cuando habia cogido una mitad, Octavio se comía la otra. Aquello era una verdadera comedia de amantes.

Genoveva tiró la mitad de su leche.

—Que picarona eres! exclamó la marquesa.

—Es tan mala esta leche!

La marquesa de Fontaneilles pensó que Octavio debía coger aquellas fresas, en los lábios de Genoveva.

—No viste allí al señor de Parisis, y á la señora de...?

—Al señor de Parisis? repitió Genoveva con aire distraído, para ocultar su emocion; porque no ha venido aun á pedir mi mano?

XXXVII.

EL MATRIMONIO DE DON JUAN.

Si os digo que monseñor de Bourges, príncipe de la Tour d'Auvergne, fué cierta noche á dormir á Champauvert, que al siguiente dia toda la aldea se hallaba empavesada, que se habia elevado un arco de triunfo en el camino de la iglesia, que el obispo de Dijon, los canónigos, los archidiaconos, todos los trajes negros, todos los trajes morados, todos los trajes encarnados, siguiendo la espresion de los aldeanos, ilustraron con su presencia la iglesia, vosotros, sin duda alguna, me preguntareis porqué.

Sabed que todo aquel aparato era para solemnizar el matrimonio del duque de Parisis con la señorita Genoveva de la Chastaigneraye.

No recibisteis la esquila participándoos este enlace? La *Gaceta de los Estrangeros* no olvidó, á este propósito, el recordar los títulos de ambas familias.

Quien quiera que seais, cristiano ó ateo, libre pensador ó católico, habreis experimentado cual yo una viva emocion en el santuario de aquella pequeña iglesia rústica, viendo no precisamente aquel esplen-

dor no acostumbrado, sino á la jóven desposada que sonreia dulcemente para hacer creer en su dicha, por mas que la inquietud llegara hasta sus lábios.

La jóven no tenia toda su belleza: los nóvios nunca están bellos el dia de su matrimonio. La alegría tiene su fiebre y su palidez: el dia antes del enlace se duerme mal: es como la vigilia de un viage peligroso cuando apunta la borrasca.

Durante la misa todos los que veian la blanca desposada veian puntos negros en el horizonte, aunque no recordasen la leyenda de los Parisis.

Esto consistia en que los que conocian á Octavio, aquellos que mas le querian, veian, no sin temor, como la divina y elevada virtud de Genoveva de la Chastaigneraye caia en los brazos de aquel jóven.

Qué sucederia mañana?

Aquel hombre, siempre llevado por sus pasiones, iba á abdicar, á renunciar sus eternas aficiones al bello sexo para encadenarse á los pies de una sola mujer? Iba á cerrar sus ojos á su curiosidad, á matar en él al héroe de novela para convertirse en un hombre honrado y de juicio? No correria en lo sucesivo mas que una aventura, la aventura que le proporcionaria el hogar? Todo el mundo lo dudaba.

Al ver la espresion á un mismo tiempo feliz y triste que se notaba en el semblante de Genoveva, uno se decia á sí mismo que aquella jóven desposada era de las que se acuestan castamente en su tumba cuando no realizan el sueño de su vida.

El ministro de Negocios estrangeros habia ido allí con su regalo de boda. El duque de Parisis debia ser nombrado antes de poco embajador de Alemania; era tan solo una promesa; pero una promesa que tenia el sello imperial.

Octavio era realmente feliz en aquel dia que era el mas hermoso de su vida?

Quizá se habia casado con demasiada frecuencia.

Se observaban entre la concurrencia de mujeres mas de veinte celebridades heráldicas, todas mas distraidas que piadosas, enamoradas de sus trages y censurando el de las otras. La única mujer que rogó á Dios por la felicidad de Genoveva fué la señorita Jacinta: esta sí que tenia las lágrimas en los ojos.

Lloraba tambien por Violeta? Pobre Violeta! Aun no se la habia olvidado. Genoveva rogó por ella durante la misa; Octavio la dedicó un recuerdo.

Si la desposada habia perdido en aquel dia un poco de su belleza, el duque de Parisis, en cambio, era mas hermoso que nunca. Esto hizo decir á una gran señora que figuraba entre las convidadas:

—Es posible qué nos le tomen para siempre?

XXXVIII.

LAS CRUCES DE ORO.

Se celebró en el castillo de Champauvert una comida de ciento y un cubiertos que recordaba las fiestas patriarcales de la edad media.

Los aldeanos bailaban en el prado; nada se habia querido mortificar en su orquesta para no alterar el carácter rústico que tanto agradaba á Genoveva.

El arzobispo brindó por la desposada y Octavio brindó por el arzobispo: no brindó como un cristiano que se dirige á un príncipe de la Iglesia sino como un ateo que desafía el cielo.

No se cantó; pero Guy de Charnacé leyó un precioso soneto de un poeta ilustre en donde deseaba que su musa asistiera á la fiesta.

Cualquiera hubiese tomado aquello por las bodas de Canaan ó las bodas de Camacho. Octavio quiso resucitar los festines homéricos donde se asaba un buey y donde brotaban fuentes de vino.

En medio del festin las jóvenes aldeanas de Champauvert, las que habian sido dotadas por Genoveva, y las que habian de ser dotadas aquel dia, se presen-

taron tambien con ramilletes, pero no con ramilletes de rosas.

La mas jóven de todas, la que habia entregado el ramillete emponzoñado ofreció al señor de Parisis el mas bello racimo de uvas que se habia cogido en la vendimia.

Genoveva habia comprado cruces de oro rústicas, talladas segun la moda antigua.

Cuando Genoveva se levantó para colocarlas sobre el cuello de cada una de las doncellas, Octavio se levantó á su vez.

La sencilla accion de colocar una cruz de oro en el seno de una mujer, llevó á Octavio mas cerca de las esferas cristianas que todos los sermones que habia oido hasta entonces.

XXXIX.

LA PARTIDA DE DEFUNCION DE VIOLETA EN LA CÁMARA NUPCIAL.

Eran las dos de la madrugada cuando una silla de postas arrastrada por cuatro caballos conducia á Parisis á los desposados.

Genoveva no se habia llevado mas que á Jacinta.

Genoveva entró en el antiguo castillo de Parisis con cierto sentimiento de orgullo y de melancolía á un mismo tiempo. Al subir la escalera se apoyó en el brazo de Octavio y en el de la jóven protegida que salvaba con su inestinguible buen humor, los embrazos de aquella situacion encantadora.

Las dos jóvenes amigas entraron solas en la cámara nupcial. Genoveva se dejó caer sobre un confidente hospitalario que estaba en frente de la puerta. Al primer golpe de vista vió dos retratos de La Tour, su tatarabuelo y su tatarabuela que la miraban sonriendo, como si se sintiesen felices al verla.

—Oh! Dios mio! exclamó de pronto dirigiéndose á Jacinta; he olvidado en el coche y en una de sus bolsas la miniatura de mi madre.

La jóven abrió la puerta con objeto de ir en busca del retrato.

En su precipitación dejó caer una carta que se le había entregado en el momento de marchar.

En esta carta no había sobre. Genoveva la recogió y hubo de reconocer en seguida la letra de Violeta.

—Es singular! dijo. Cómo ha llegado hasta aquí esta carta?

No la había visto caer de manos de Jacinta.

Genoveva la leyó con rapidez, aunque sin observar que no iba dirigida á ella.

«Para vivir era indispensable que vos estuviésemos aquí; para morir, por qué no puedo estrechar vuestra mano?

»Voy á morir sola, en un rincón, á semejanza de un perro abandonado.

»Yo también soy una Parisis, sobre todo para aquella leyenda. Vos la conocéis:

»EL AMOR DARÁ LA MUERTE Á LOS PARISIS.

»EL AMOR DE LOS PARISIS DARÁ LA MUERTE.

»Adios, amiga mia. Se me ha prometido enviaros esta carta con mi partida de defunción, para que mi sucesión no ofrezca inconvenientes.

No olvidéis que os dejo un dote de cien mil francos. Sed feliz!

«VIOLETA.»

Con esta carta iba la siguiente partida de defunción:

†

Don Francisco Santa Cruz, licenciado en Teología, Caballero de la Real orden americana de Isabel la Católica y Cura-párroco de la Iglesia de Santa Maria de esta ciudad de Búrgos, diócesis de la misma, de que es Arzobispo el Excelentísimo e Ilustrísimo señor Don Atanasio Rodriguez Juste:

CERTIFICO: que, en el día de hoy, ha sido depositado en la bóveda de esta Santa Iglesia parroquial el cadáver de la señora doña Luisa Violeta de Pernand-Parisis, hija de la Sra. Eduvigis Portien, la cual nació en París el 17 de abril de 1846 y falleció en el día de ayer á las cuatro de la tarde, despues de haber recibido los últimos auxilios espirituales, asistida del Teniente Cura, vicario de esta parroquia, D. Florencio Lasala.

Y para que conste espido la presente certificación, cuyo original queda depositado en el archivo de esta parroquia é inscripto al fóllo 237 con el número 3.789 en el libro de difuntos.

A ruegos de los señores D. Angel Vallejo y D. Laureano de la Roda-Infante, ejecutores testamentarios de la finada. Búrgos 13 de agosto de 1867.

El Cura-párroco,

Ldo. FRANCISCO SANTA-CRUZ.

La señorita Jacinta al entrar sorprendió á Genoveva en brazos de Octavio. La jóven había lanzado un grito de dolor y el duque había acudido sin que comprendiese nada de lo que ocurría.

La que era duquesa de Parisis desde el medio día enseñó á su marido la carta de Violeta.

—Ved, dijo á Octavio: porqué recordarme tan fatalmente la leyenda de los Parisis!

Octavio leyó la partida de defuncion de Violeta.

—Es extraño, dijo para sí; no puedo creer en la muerte de Violeta.

Se engañaba Octavio en sus presentimientos?

Habia efectivamente muerto Violeta?

FIN DEL TERCER TOMO.

ÍNDICE

DEL TOMO TERCERO.

LIBRO TERCERO.

LA DAMA DE PALOS.

	Pág.
I.	Genoveva y Violeta 5
II.	La locura de la razon 11
III.	Las dos primas 17
IV.	Violeta y Jacinta 30
V.	Confesion de Genoveva 34
VI.	Donde se demuestra que las mujeres no se consuelan 44
VII.	Por qué Clotilde murió vírgen 47
VIII.	La hora del diablo 67
IX.	Las visiones de la señorita Julia 79
X.	La señorita Rebeca. 86
XI.	El lazo de union. 94
XII.	Un baile en casa la Srta. Rebeca 98
XIII.	San Lázaro 104
XIV.	Las señoras toman aguas 113
XV.	El cántico 124
XVI.	Bajo el hábito de una religiosa. 129
XVII.	Una egloga en 1867 134
XVIII.	Un practicante de medicina arranca un diente á Rebeca 146

XIX.	La soledad de Violeta	155
XX.	Las dos primas	159
XXI.	El castillo de naipes	162
XXII.	Otro ramillete mortal	166
XXIII.	Donde habia ido Violeta	173
XXIV.	La marquesa Danae	179
XXV.	El amante de Danae	188
XXVI.	El despertar de Danae	199
XXVII.	El tercer ladron	203
XXVIII.	La mujer de nieve	211
XXIX.	Páginas sueltas de la vida de Octavio	221
XXX.	La trapera	229
XXXI.	La confesion de Violeta	235
XXXII.	Octavio de Parisis	249
XXXIII.	Está aquí	252
XXXIV.	El desafio á Dios	255
XXXV.	La muerta y la viva	260
XXXVI.	El ramillete de fresas y el ramillete de lábios	265
XXXVII.	El matrimonio de Don Juan	270
XXXVIII.	Las cruces de oro	273
XXXIX.	La partida de defuncion de Violeta en la cámara nupcial	275

